

Kusch: un americanista hijo de extranjeros. Notas para una discusión acerca de las vinculaciones entre biografía, bibliografía y contexto*

¿Qué pasa con la vida de un hombre? ¿Qué hizo? ¿Cuáles fueron sus raíces familiares? ¿Adónde vivió? Y sobre todo ¿por donde anduvo? O, más apropiadamente, ¿dónde *estuvo* siendo?

Suele suponerse que, en un hombre de pensamiento, es ese pensamiento la materia más importante para la reflexión y el análisis. A lo mejor es así, pero yo me voy a centrar, en estas anotaciones marginales escritas para este encuentro sobre Rodolfo Kusch, en las articulaciones entre vida, obra y ambiente. Creo que es apenas sobre estos puntos sobre los que puedo decir algo que sirva de contribución a este día de encuentro sobre un hombre discutible y singular. Además, me parece una forma apropiada y humana de tener en cuenta a Kusch, compatible con lo que evidentemente fue su ideología existencial, si se me permite una expresión tan poco agradable.

Hay una tercera razón, no siempre evidente para los críticos, y es que la vida ilumina el texto. Puede pensarse inclusive que vida y texto no son sino una unidad, artificialmente dividida por algunas concepciones estéticas y disciplinarias. ¿Me será permitido todavía ir un poco más allá, y sostener que la vida configura un texto susceptible de ser examinado? Y si la vida está dotada de una “textualidad” que le es propia, ¿qué clase de relación tendrá ella con lo que es, en sentido estricto, texto o discurso?

La existencia de vínculos profundos entre vida y obra no puede ser negada, según creo. En esta evidencia se funda el género biográfico, que Plutarco hizo célebre. Pero sin embargo la vida y la obra están constituidas por materiales tan heterogéneos que requieren no menos heterogéneos marcos de análisis. Por esta razón, nadie puede abarcar la totalidad de una vida y sus numerosos productos, y menos que nadie el propio sujeto que actúa aquella y elabora éstos. La época moderna, que oficializó la lectura en sus múltiples dimensiones, nos ayuda a percibir los límites de esta tarea; los biógrafos y críticos de este tiempo, menos ingenuos que Plutarco, saben de la gigantesca y por otra parte infinita tarea de revelar las profundidades, los sorprendentes vacíos, las incongruencias que poseen las vidas humanas, no sólo la de los hombres convencionalmente catalogados como notables, sino toda la vida y cada vida.¹

¿Qué nos dicen algunos de los principales hitos biográficos de Kusch? El primero, casi obligado, es que nació en Buenos Aires el 25 de junio de 1922. Hijo de alemanes, fue bautizado Gunter Rodolfo. Y luego siguen preguntas para las que aún no tengo respuestas: ¿cómo era su familia, la familia formada por estos padres alemanes que vivían en la Buenos Aires de los veinte, cuando aún la Argentina, ni el mundo habían dado los más amargos frutos de este siglo? Y, algo importantísimo, ¿en qué barrio vivían?, puesto que Buenos Aires era entonces una ciudad todavía formada por barrios.

Unos años antes, exactamente en 1912, Evaristo Carriego había establecido que un barrio es un universo, un universo sensitivo y cruel, y que quizá debido a estas cualidades podía constituirse en un objeto digno de la literatura. Quiero decir, de la “posible literatura argentina”, que hasta entonces no conocía sino esas singulares obras que llevan los

* Inicialmente, este texto fue presentado como ponencia a las jornadas sobre Rodolfo Kusch, organizadas por el Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Santiago del Estero, setiembre de 1989. Posteriormente, fue publicado en *Cuadernos de la comuna*, Municipalidad de Puerto General San Martín, Santa Fe, 1990.

¹ Un énfasis notable en las ciencias sociales actuales es la recuperación y ampliación de los usos de la biografía para la comprensión de la vida social. El amplio uso de la historia de vida refleja ese interés.

nombres de Facundo y Martín Fierro, y una discontinuada serie de ejercicios que se habían iniciado todavía no hacía un siglo, en 1837. Pues bien, hoy sabemos, gracias a una generación de sociólogos e historiadores que empieza a leer los censos históricos a mediados de la década del cincuenta, que todos y cada uno de los barrios de Buenos Aires eran un laboratorio social, una usina étnica donde se mixturaban docenas de orígenes nacionales, y donde predominaban, aún sobre los nativos, los italianos.

Hay aquí, entonces, una infancia de barrio, y de barrio en una gran ciudad sudamericana, teñida por la inmigración europea en una proporción aún mayor que la de Nueva York, la otra gran puerta de América para los que vinieron en los barcos. Destaco este hecho, sobre el que volveré, pues va a tener la mayor importancia en la vida y en la obra de Kusch. Todo lo que sucede está situado, y las situaciones poseen una influencia y una capacidad de determinación que sería ingenuo desdeñar. Nacido en una gran ciudad moderna de inmigración, Kusch elegirá como ambiente –esto es, lugar de vivir y lugar de obrar- a la vida provinciana, antigua, rural y a los hombres nativos del continente.

Quisiera derivar de este contraste entre origen y elección, dos reflexiones de muy distinto orden. La primera se refiere al hombre, a Kusch mismo. Pareciera que este itinerario geográfico y humano que consiste básicamente en viajar hacia lo opuesto, es simétrico y concordante al que se opera en sus ideas.

Kusch “da vuelta” las ideas que le propone la filosofía para entender al hombre. Reniega del pretendido universalismo del pensamiento europeo para particularizar y localizar. En vez del *ser* propone el *estar*. En un país que gozosamente se define como civilizado, el será el primero –después del propio Sarmiento, desde luego-, en advertir la seducción de la barbarie. Consecuentemente, en lugar del centro elige los márgenes. Y, toda vez que la Argentina exhibe el más alto pulso de lo europeo en América del Sur, elegirá aquel margen donde lo europeo es marginal, y donde lo americano es central: el noroeste andino.

La segunda reflexión se refiere al proceso de relocalización psicológica y social – palabras que Canal Feijóo hubiera reemplazado por “relocalización espiritual”- de los inmigrantes. Algunos estudiosos contemporáneos de la inmigración en los Estados Unidos han acuñado la teoría de las diferentes respuestas generacionales, según la cual los miembros de la segunda generación tratan de olvidar su ascendencia para mimetizarse con el nuevo ambiente, mientras los de tercera generación procuran recordarla.

Según esta concepción, la segunda generación –es decir, los hijos de inmigrantes- son los que se ven enfrentados a más duras exigencias en la elaboración de su identidad social. Ellos viven un conflicto entre las lealtades simbólicas de la esfera familiar y las provenientes de toda su vida de relación extrafamiliar. Las comunidades de amistad entre compatriotas que formaron sus padres, y aún las de tipo étnico institucionalizadas, no son suficientes para contener la vida de interacción que se espera de alguien que nace con una nacionalidad diferente a la paterna. Los determinantes étnicos, es decir, aquellos que permiten dar una respuesta razonable a la pregunta ¿quién soy yo? presentan aristas mucho más filosas para la segunda generación que para sus padres o sus hijos. La necesidad de semejanza obliga a superar con una elección deliberada el aparente e insostenible equilibrio de los platillos de la balanza de la cultura familiar, en los que gravita la del origen y la local.²

Los hijos de inmigrantes en Argentina vivieron y viven tal disyuntiva, que tiene importancia social porque la huella de la gran inmigración se ha hecho sentir desde 1890 hasta 1960 a lo largo de varias generaciones, y, con modalidades distintas según sea el grupo étnico de origen, sus descendientes abordaron el problema de desarrollar una

² Rudolph J. Vecoli rescata la definición del grupo étnico de Max Weber: aquél basado en una “conciencia de semejanza” que deriva de una creencia subjetiva de ancestros comunes, sea real o no. “Los italianos en los Estados Unidos: una perspectiva comparada”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 2, Número 4, Buenos Aires, diciembre de 1986, pág. 403.

“conciencia de semejanza”. La variante de la asimilación constituyó sin duda el camino más transitado en la Argentina, y podría historiarse el caso de aquellos hijos de extranjeros que la lograron de manera más radical posible, metiéndose en las cuestiones más desconocidas, complejas y conflictivas de la sociedad que sus padres habían elegido.

Ahí están, para citar solo un par de casos, los nombres de Juan Bautista Ambrosetti, que emprendió viaje tras viaje de “maturrango” juntando huesos, leyendas y cacharros, lo que le valió el nombre de padre del folklore argentino; o el de Ezequiel Martínez Estrada, ese luchador solitario que prefirió cavar en el aparentemente vacío osario interior de la pampa.

¿No son todas estas elecciones de una argentinización espiritual, más difíciles por cuanto compartan la asunción de los dilemas, contradicciones, enigmas que todos padecen, pero que finalmente sólo afrontan en su tarea diaria algunos pocos pensadores o artistas?

Hubo unos años de formación. A lo largo de la década que va desde 1937 a 1947 transcurre ese período capital de la vida de Kusch que va desde los quince a los veinticinco años. No será inoportuno destacar, aunque sólo sea mediante trazos rápidos, el clima de la Argentina de esos años. La crisis de los años 29-30 se llevó, “como el viento se lleva castillos de barajas”, según la expresión de Tulio Halperín Donghi, muchos de los sueños forjados en ese período que comenzó en 1880. La idea del país rico y avanzado se convierte de pronto en una ilusión que quedó atrás. La desigualdades e injusticias que habían denunciado Juan Bialet Massé o Alfredo Palacios en la primer década del siglo XX, y que habían sido tapadas con los fastos del centenario, resurgen ahora. Crece la crítica social, estimulada por el ciclo político iniciado también en el '30: el gobierno de la llamada “restauración oligárquica” intenta con éxito efímero celebrar nuevos pactos coloniales. Pero la antigua credibilidad del “orden conservador” se ha roto. Basta leer a los poetas de los '30, a Raúl González Tuñón, a José Portogalo y aún a Nicolás Olivari, para descubrir el desencanto, la denuncia social, las huellas de sus padres inmigrantes cerrando filas en un sindicato anarquista. Es posible que estos años configuren la primera gran crisis social extensa percibida por grandes capas de la población, a lo que contribuye la información de prensa, que trae noticias de un mundo convulsionado: la guerra civil española y luego la segunda contienda europea.

Pero en el curso de estos años, y seguramente influido también por el impacto de la gran inmigración, va a nacer un nuevo tipo de nacionalismo en la Argentina, de cuño conservador, corporativo, y a cuya inspiración se deberá el cierre de la inmigración. Un rescate de las esencias y tradiciones se percibía ya desde antes: en las letras lo expresaron Rojas y Güiraldes. La gran ciudad inmigratoria, en la que durante cerca de cuarenta años los extranjeros superaron en número a los nativos, empieza a sentir la necesidad de reivindicar “lo argentino”. Los artículos que publicaban usualmente en *El Hogar* y en *La Nación* el catamarqueño Luis Franco y el santiagueño Bernardo Canal Feijóo se inscriben en un giro de la actitud de la ya cuantiosa clase media. Del mismo modo, y en la misma época, la llegada de Andrés Chazarreta a los escenarios de Buenos Aires prueba que la hipotética argentinidad debe provenir, en una parte significativa, del olvidado interior. Que de pronto se hace presente de modo imprevisto, bajo la forma de los obreros provincianos que entre 1935 y 1950 se irán concentrando en las ciudades –principalmente en el Gran Buenos Aires- a medida que el desarrollo industrial de esos años se acentúa, estimulada por la política intervencionista y reguladora de Justo, y desde luego, por la guerra.

Hay también una veta americanista e indigenista que nace en México, Perú y Canadá en las primeras décadas del siglo, de la que Kusch tomará elementos. Es posible que varias de estas circunstancias dejasen un sedimento en el estudiante de filosofía de la Universidad de Buenos Aires que Kusch era por entonces. De hecho, esa *Ciudad Mestiza* que concluirá hacia el '50, y un diverso cúmulo de sagaces observaciones sobre el carácter porteño, lo muestran como alguien que ve lo que hay a su alrededor, y también a través de ello. De las

pocas publicaciones que efectuó antes de graduarse quedan señas de dos: un artículo sobre el poeta romántico Novalis y otro sobre el tema de la mentalidad primitiva en Levy Bruhl. Cuando se recibió de profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Filosofía, en 1948, tenía 25 años y es probable que ya entonces haya visto con simpatía el surgimiento del peronismo, por el que después mostrará una franca adhesión.

Un año antes, en un cine, había conocido a Delia Pecce, con quien se casó en 1949. En esa época, él trabajaba en la Caja Ferroviaria, que dejó cuando consiguió un puesto en el Instituto de Psicología de La Plata. Al poco tiempo nació su hija María Florencia. Los primeros tiempos del matrimonio transcurrieron en una pieza amueblada de la calle Piedras, de donde pasaron a vivir a un departamento en Belgrano, donde comenzó a trabajar en *La seducción de la barbarie*. A lo largo de 25 años ejerció la docencia secundaria, y desde 1963 fue profesor de historia de la cultura en la Escuela de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón. Después vinieron las obras de teatro: *Tango misha*, que dirigió López Partierra; *Credo Rante*; y *Juan Moreira*, que finalmente se decidió a ofrecer a Francisco Petrone. Se dice que cuando se la presentó en el Circo Teatro Arena del Once, en 1958, fue un suceso. En la obra presenta una visión idealizada del hombre de tierra adentro. El gaucho perseguido y avasallado por la mersa gringa, como dice en *Credo Rante*. Finalmente, *La muerte del Chacho* fue transmitida por Radio Municipal en 1958.

Ese mismo año hizo el primer viaje al norte. Para entonces se había casado nuevamente, con Elizabeth M. T. Lanata, con quien tuvo un hijo. Kusch decía que quería encontrarse con “la madre tierra”. Conocieron los pueblos de la Quebrada de Humahuaca y allí sintió la fascinación de ese ambiente que está cifrado en el hombre andino, que en el futuro será el referente de todos sus trabajos de campo. En *Indios, porteños y dioses*, compara al hombre de la ciudad con el de los Andes. Al año siguiente, un nuevo viaje los llevará a Machu Pichu. Viajaban en camiones, sobre bolsas y en trenes. Su mujer juzgará después como muy penoso este viaje, por las inseguridades y hasta las agresiones. Los chicos del lugar, viéndolos rubios, les gritaban ¡gringos! ¡yanquis! Pero ese era el viaje que Kusch quería hacer, viendo cara a cara a la gente, y sintiendo ese hedor que en alguna de sus páginas será asunto de una reveladora reflexión sobre lo americano. Estos viajes se repetirán en 1965, 1967-68 y 1970, dictando conferencias en universidades de Oruro; La Paz y Arequipa, Lima y Cuzco. En 1972 viajó a México, invitado por el gobierno de México y el PRI; visitó Puebla, Mérida, Chichen Itzá y Uxmal. También difundió ciclos radiales sobre pensamiento indígena en Buenos Aires, Cuzco y La Paz. También organizó un servicio de Relaciones Latinoamericanas.

Pero son los años en la Universidad de Salta los que le permitieron tener un contacto estrecho y permanente con la población rural del lugar, viajar y hacer trabajo de campo a su modo. También tuvo tareas docentes y académicas, y estuvo a cargo de la carrera de Filosofía.

El golpe de 1976 impidió su permanencia en la Universidad, como la de tantos intelectuales argentinos. Kusch se radicó en Maymará y siguió viajando en una estanciera polvorienta, ahora vendiendo motores para extraer agua. Pero en cada uno de los encuentros con pobladores fue siempre el observador del hombre del lugar, el amigo, el solidario cumplidor de las leyes de la reciprocidad andina, que conseguía chapas y hacía los trámites en la ciudad que le encargaban sus conocidos.

Su amistad con el boliviano Luis Rojas Aspiazú lo vinculó al proyecto Waykhuli, que le dio oportunidad de aplicar sus ideas sobre el pensamiento y la cultura popular a una experiencia concreta de desarrollo. Según un colega y amigo de Kusch, la clave de su aporte fue el concepto de desarrollo que él manejó. Entendía al desarrollo “como el despliegue de la potencialidad de la semilla”, tomando lo vegetal como referencia. Trataba de que ese desarrollo se apoyara en la revitalización de los circuitos de reciprocidad y solidaridad, que son muy antiguos en la región. Lo que Kusch llamó la “economía del amparo” no pasa por

los ejes del consumo sino por la búsqueda de un refugio existencial, una casa cósmica, una morada.

Entre 1971 y 1973 tuvo una activa participación en la Sociedad Argentina de Escritores, cuya Comisión Directiva de Cultura Nacional presidió. En este carácter organizó diversos seminarios en áreas de frontera, uno de los cuales dio lugar a la mentada “Declaración de La Rioja”. De la época de esos primeros viajes al norte proviene su paso por Santiago y su amistad con Francisco Santucho y con Domingo Bravo. Otros que lo conocieron entonces hablan de sus diálogos en la Librería Aymar, en la vieja casona de los Taboada, o sentados en el cordón de la vereda, y de unos vinos bebidos en la calle Urquiza, bajo un cielo de lapachos.

Uno puede decir estas cosas, la mitad provenientes de vías indirectas, una parte probable, algunas pocas intuitas. Como Marguerite Yourcenar en sus *Memorias de Adriano*, uno se obliga a dar cuenta de sus fuentes. Solo he dispuesto de un documento producto de la mano de Gunter Rodolfo Kusch sobre sí mismo: su curriculum vitae. Y de dos de sus libros, y de una carta de Elizabeth Lanata de Kusch. Y de un artículo periodístico de *Tiempo Argentino* del 9-12-84. Y de algunas frases escuchadas por ahí. Y el hombre, con tan pocos elementos, sigue siendo una conjetura.

No obstante, no quisiera sustraerme a la tentación de aventurar algunos juicios sobre este hombre y su obra. El primero, casi obvio, se refiere a la visible coherencia temática de su obra. Toda ella está puesta, desde el principio, en la dirección de desentrañar un solo asunto o un sujeto. Sea que le llamemos “pensamiento del hombre americano” o de otras formas, la unidad y solidez con que lo abordó aflora desde la forma de titular sus libros hasta cualquiera de sus remates. No cabe duda de que él percibía esto claramente. En la cuarta línea de su curriculum, luego de consignar su nombre, su número de documento de identidad y su título de grado, anota: “Desde 1948 se dedicó a estudiar los problemas americanos”. Esta frase cifra su trayectoria vital e intelectual.

El segundo aspecto que quisiera destacar es la amplitud con que abordó el tema de la americanidad. La estudió en la región andina, allí donde ella se impone a la vista de quien quiere –o puede verla- Pero cuando Kusch llegó allí, en cierto modo ya la había intuido, y la había visto en los hombres de la gran ciudad. El mismo confiesa que su *América Profunda*, de 1962, pudo haberse publicado antes, pero que le faltaba la fundamentación, el sustento. Es decir que la idea central era producto de una hipótesis que proviene de sus años de formación. Pero además de la amplitud geográfica o ambiental de su campo, también hay amplitud temporal. Su estudio clásico comienza tratando el tema de la divinidad, estudiando los quehaceres de Viracocha en un registro mítico. Pero él no es sólo un estudioso de las religiones antiguas: centra la preocupación en los hombres de hoy, esos que hieden, en los problemas y desafíos que les plantea su subsistencia, su “desarrollo”, es decir, su día de mañana. De Viracocha a Waykhuli.

El tercer punto se refiere al carácter marginal, o más bien intersticial, de su formación y su ejercicio intelectual. ¿Es un ensayista? ¿Es un filósofo? ¿Es un antropólogo? Parece ser todas esas cosas a un tiempo, y no es del todo ninguna de ellas con exclusividad. Quizá sólo el carácter de escritor que filosofa, tal como definimos en la Argentina a ese oficio, que no consiste en la mera redacción de libros, sea el que define a este pensador curioso y audaz, que reformula y amplía la principal veta temática de sus trabajos, que hacia los '50 podía denominarse “indigenismo” y en los '80 “las culturas populares”. Se aparta deliberadamente de los cánones del mundo académico, que según él son demasiado “pulcros”, con el sentido que otorga a esta palabra. Dispara dardos a las ciencias sociales, a la antropología, a “los interpretadores a lo Toynbee”, a los sociólogos “que ponen particular empeño en no ver lo americano”. Se sitúa mentalmente fuera del marco de la universidad, lo cual, como bien sabemos los que lo conocemos desde adentro, es una medida muy saludable, aunque riesgosa en diversos sentidos.

El cuarto aspecto se refiere a su método de trabajo de campo. El lo expone así: "... No hay labor más eficaz, para dar solidez a esta búsqueda de lo americano, que la del viaje y la investigación en el mismo terreno. Desde un primer momento pensé que no se trataba de hurgarlo todo en el gabinete, sino de recoger el material viviente en las andanzas por la tierra de América, y comer junto a su gente, participar de sus fiestas y sondear su pasado en los yacimientos arqueológicos; y también debía tomar en cuenta ese pensar natural que se recoge en las calles y en los barrios de la gran ciudad". Eso para los sociólogos y antropólogos, tiene un nombre, o más bien varios: observación participante, entrevista, análisis de los signos de la cultura material, análisis de contenido. Kusch utiliza ampliamente estas técnicas, si bien es cierto que no de modo sistemático, lo que es razonable teniendo en cuenta que él mismo no tuvo formación escolarizada en estas disciplinas.

Tomemos ahora a su prosa. Es, en primer lugar, la prosa de un escritor, de un escritor agudo y talentoso. Pocas veces narra, pero cuando narra lo hace bien. Generalmente esa narración está puesta al servicio de la demostración de una idea. Para dar solidez a alguna de estas ideas recurre a veces a páginas que son de una suerte de ficción histórica, como sucede con la descripción imaginaria del yaqui Pachacuti. Recordemos de paso que éste era el recurso favorito de Orestes Di Lullo.

Toda la primera parte de *América Profunda* muestra, a veces intercaladamente y en otras simultáneamente, al estudioso de las religiones y al pensador esotérico (en el sentido en que las claves de su lectura reposan en un orden preexistente pero secreto, que él conoce y justamente nos está revelando: de ese tenor son las interpretaciones acerca del Miedo Inicial); la mayor parte del libro pertenece a lo que genéricamente denominamos ensayo.

Diré ahora, y advierto que simplificaré, dos palabras sobre las ideas de Kusch en *América Profunda*. Vistas desde lejos, poseen la coherencia interna de los edificios que construye un teórico. Kusch concibió una tarea desmesurada, como es la de interpretar a América. Para ello decidió, de una manera cartesiana, construir las herramientas que debían permitirle esa interpretación, pues uno de los supuestos de los que partió es que las interpretaciones vigentes negaban y ocultaban lo americano. A partir de una idea clave, a saber, la tensión entre la idea de ser-alguien, que considera originada en la burguesía europea del siglo XVI, y la de estar-siendo, según él característica del indígena americano precolombino, explica el choque devorador entre dos modelos civilizatorios que sucedió luego, uno agresivo fundado en la máquina y la ciudad, pulcro, que estableció un dominio material e ideológico sobre el otro, solidario, mágico, estigmatizado como "hediento" y cuya huella, ya que no ha sido destruido, encuentra en diversos momentos de la historia, en el altiplano y en la población de origen rural en Buenos Aires. Instalado mentalmente en el mundo indígena, o más bien en su idealización del mundo indígena, Kusch "devuelve" la interpretación estigmatizadora a Occidente, y en esto su impugnación será radical: negará la ciudad, el agnosticismo del mundo moderno, la producción industrial y hasta el concepto actual de la ocupación profesionalizada.

Vistas desde cerca, sus ideas oscilan entre la observación sagaz, el destello lúcido, la categoría creativa, la interpretación profética o la insinuación lóbrega (por ejemplo la mal disimulada descalificación de los inmigrantes europeos, las opiniones sobre la ciencia académica, las frases sobre Toynbee, la negación en bloque del pensamiento "occidental").

Surge de la prosa de Kusch su vigor, su marginalidad, su rebeldía y la soledad de un hijo de alemanes, que debió "inventar un cosmos propio", como quería Eugenio D'Ors para poder habitar América.

El resultado, su obra aparece hoy tan discutible como estimulante, tan parcializador como sugerente, tan detonante como honesto. No cabe duda de que Kusch, escritor, buscó todo esto. El otro resultado, su vida, es el de un hombre íntegro y cordial, que dejó huellas profundas.

Kusch labró su identidad convirtiéndose mentalmente en un indio americano, y asumiendo su palabra, por lo que naturalmente, su obra hiede. Trabajó para ello con valor y tenacidad y terminó, naturalmente, por ser alguien y así restableció un equilibrio. No coincidir con muchos de sus supuestos y conclusiones —como debo admitir que es mi caso— en modo alguno impide valorar el sentido intelectual y existencial de su empresa. Y sobre todo, las razones históricas y sociales que ayudan a entenderla. Existe en su obra esa veta de utopismo y exaltación de la vida primitiva que tantas sociedades literarias de Occidente, y cuyos frutos son Moro, Thoreau, Friedman —el Yona Friedman que postula el retorno a la sociedad rural— y Schumajer. La aversión al industrialismo, a las máquinas y a la sociedad compleja que se encarna en las ciudades, late en muchas de sus páginas.

Y todo ello en una singular versión sudamericana, es decir, con ademanes europeos y espíritu americano.

La obra de Kusch surge de una vocación indigenista y su aliento más largo es el de su propuesta de reconstrucción cultural utilizando materiales de la tierra. El fuerte anacronismo de esta idea le otorga buena parte de su atractivo estético y explica que sus libros tuviesen una circulación marginal y creciente, quizá una de las formas ideales del éxito literario.

En un siglo paradójico que presentó a la descolonización y a la universalización junto a la reaparición y redefinición de los impulsos etnicistas, la prosa de Rodolfo Kusch resistirá aún otras lecturas, y ayudará a comprender los cursos sinuosos de las ideas a través del tiempo, sus bruscos ocultamientos y sus floraciones.